

Las nuevas formas del shock: poder, economía y subjetividad en la era hipermoderna.

Cannella Pablo (Profesor de Historia y Sociología ISFDN°1)

Objetivos del trabajo y enfoque metodológico

Este ensayo pretende aportar una mirada crítica sobre la manera en que el poder económico y simbólico se reconfigura en el siglo XXI, especialmente en sociedades periféricas como la argentina. Se propone como contribución la problematización de ciertos discursos legitimadores de la desigualdad estructural y del rol del Estado, así como la invitación a repensar los dispositivos que construyen subjetividades adaptadas al modelo imperante. Al vincular teoría social, análisis económico y crítica cultural, el trabajo busca abrir interrogantes y ofrecer herramientas conceptuales para la reflexión y el debate académico y político. Para ello se adoptará un enfoque cualitativo y crítico-interpretativo, basado en el análisis teórico de fuentes bibliográficas. Se toman como referencias principales aportes de autores contemporáneos como Byung Chul Han, Zygmunt Bauman, Louis Althusser, Naomi Klein, Milton Friedman y Jhon Maynard Keynes, además del análisis de discursos mediáticos, documentos de políticas económicas recientes y estudios sobre subjetividad y tecnología.

Introducción

La noción de terapia de shock, popularizada décadas atrás por Milton Friedman, ofrecía una explicación sobre cómo aplicar políticas monetaristas ortodoxas en distintas sociedades sin poner en riesgo el contrato social imperante. En la actualidad, atravesamos un cambio de paradigma, una nueva era a la que Byung chul Han (2010) define como *Hipermoderna*, en la que el poder muta de formas disciplinarias coactivas hacia otras más intangibles y subliminales. Esta transformación ha sido acelerada por las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (Tics), modificando profundamente las relaciones interpersonales -cada vez más impersonales y volátiles-, el campo laboral -marcado por la deslocalización, flexibilización y precarización- y el ámbito

cultural -mediante la universalización de la cultura dominada por el *dataísmo*, logrando fragmentar así el tejido social.

En este escenario se vuelve crucial repensar cómo se articulan el poder, la economía y la subjetividad en las sociedades actuales.

Transformación del poder en la era hipermoderna

En este contexto hipermoderno, el poder real, (entendido como el poder económico), ha readaptado sus prácticas de shock, reemplazando imposición por seducción, en la búsqueda de establecer una nueva subjetividad como condición sine qua non del éxito de su modelo económico. Sus nuevas formas se encuentran mediadas por el uso intensivo de datos, redes sociales y discursos que capturan emocionalmente a los individuos a la vez que funcionan como ejes articuladores superestructurales, garantizando la reproducción de un sistema que niega -entre otras cosas- la existencia de la injusticia social (emparentando la situación de pobreza con la idea de eficacia) sin generar mayores reacciones en los distintos colectivos sociales. Tal como planteaba Tesich (1992), vivimos en una sociedad de la “posverdad”, donde la fragmentación del discurso impide una respuesta colectiva coherente. El poder se refugia en la opacidad de los algoritmos y en una estética superficial que no requiere ir mucho más allá de la satisfacción del deseo inmediato, rechazando cualquier intento de interpelación desde lo cualitativo, como señala Zygmunt Bauman (2000), propia de la modernidad líquida, sin estructuras sólidas que resistan su avance. En dicho contexto, los distintos colectivos se encuentran, paradójicamente, cada vez más desarticulados y con menor margen de maniobra en la disputa discursiva, un terreno que el nuevo poder parece haber blindado con notable eficacia.

El caso argentino: continuidad de una lógica ortodoxa

A partir de este marco, resulta menos engorroso analizar aspectos específicos de nuestro país, especialmente en lo referido a la macroeconomía, el papel de la política y sus consecuencias en la estructura social. El programa económico implementado por La Libertad Avanza desde su asunción a fines de 2023 no representa una ruptura, sino una continuidad de políticas ortodoxas. Desde el golpe de Estado de 1976 hasta la llegada de Néstor Kirchner en 2003, (con excepción de un breve lapso entre 1983 y 1985 bajo la

conducción de Grinspun en el Ministerio de Economía), se observa una línea económica coherente con estos postulados.

Las ideas actuales -ajuste fiscal, eliminación de la emisión monetaria, apertura de importaciones, congelamiento salarial, desregulación cambiaria y eliminación de retenciones al agro- no son nuevas. Constituyen el núcleo duro del recetario neoliberal, orientado al equilibrio fiscal, la baja inflación y el incentivo a la inversión privada. No obstante, surgen algunos interrogantes clave:

- ¿Estas políticas han logrado sus objetivos de manera sostenida en la historia reciente?
- ¿Las inversiones privadas realmente llegaron al sector productivo?
- ¿La quita de retenciones ha promovido la reinversión o se tradujo en fuga de capitales y especulación financiera?
- ¿La economía, interpretada como un sistema de axiomas matemáticos, ha sido eficaz en la práctica, o existen factores no contemplados como la demanda inelástica, la oferta limitada, las expectativas de los diferentes actores sociales, variables externas o el déficit cuasifiscal?
- ¿Es posible mantener un tipo de cambio fluctuante sin generar desequilibrios estructurales, apoyado únicamente en crédito externo y tasas de interés elevadas?

Existen innumerables ejemplos en nuestra historia reciente que podrían aproximarnos a algunas respuestas.

A pesar de los enormes esfuerzos por generar el escenario ideal para la inversión privada (desocupación que presiona los salarios a la baja, ventajas impositivas, desregulación) estas no suelen desembarcar en nuestro país por varios factores; desconfianza en el mediano y largo plazo, tasas de interés poco atractivas para el sector productivo y en casos como el actual, un tipo de cambio poco competitivo (fuerte contradicción con las máximas liberales de no intervención en dicha variable). Pero la situación puede resultar aun más compleja, porque dicha coyuntura suele incentivar y direccionar las inversiones al sector financiero, netamente especulativo, volátil y cortoplacista (en pos de aprovechar las ventajas de tasas exorbitantes que responden en el intento desesperado por acumular divisas y absorber liquidez a través de pasivos remunerados) que no hace más que generar pasivos futuros tanto en pesos como en dólares, deuda que a largo plazo encuentra un cuello de botella (no más límite de reestructuración) derivando en una

enorme explosión de oferta monetaria combinada con la escasez de reservas (producto de su utilización para sostener el tipo de cambio y del poco atractivo de los productores primarios por liquidar con una moneda nacional “cara” en términos reales) y estancamiento económico, lo que comúnmente se conoce como *Estanflación*.

Keynes (1936) advertía que los problemas económicos no pueden resolverse solo con fórmulas técnicas, sino que requieren comprensión del contexto humano y social. Las políticas aplicadas en nuestro país, no solo ignoran dicho principio enfocándose en indicadores macroeconómicos mientras se profundiza la desigualdad, la precarización laboral y el deterioro del tejido social, sino que también eluden los interrogantes anteriormente planteados.

La falacia del sacrificio necesario

Tampoco resulta novedosa la noción del "sacrificio necesario" o la idea de la V corta: un período de sufrimiento seguido por el "orden natural" del mercado que llevará al crecimiento. Estas estrategias, asociadas a la doctrina del shock, implican aprovechar (o incluso provocar) una crisis para imponer reformas estructurales. Tal como señaló Friedman (2007), “solo una crisis —real o percibida— produce un cambio real”. En ese sentido, la crisis no es una anomalía, sino una herramienta funcional al rediseño económico.

El discurso que legitima estos modelos suele omitir el análisis profundo de su costo social. Klein (2007) advirtió que estos procesos de “capitalismo del desastre” se repiten una y otra vez, valiéndose del desconcierto social ante eventos traumáticos para imponer medidas que en condiciones normales serían rechazadas por la mayoría.

La clave del éxito de estas políticas reside en su capacidad de evitar el debate profundo. La subjetividad colonizada por la lógica algorítmica no busca explicaciones sino frases “de impacto”, muchas veces carentes de contenido, pero altamente eficaces en lo emocional y por, sobre todo, en un mundo digital que convierte en tedioso y “aburrido” todo aquello que supere los 280 caracteres. Los movimientos contestatarios y antihegemónicos necesariamente deben contar con cierto grado de aceptación en el imaginario colectivo y es allí donde el nuevo poder real ha trabajado, aniquilando dicha pretensión de legitimidad, dentro de una sociedad que ha sido despolitizada. Como plantea Han, (2014) el sujeto digital se rinde ante la inmediatez del dato, incapaz de sostener una crítica

ideológica coherente. A partir de allí surge una nueva pregunta, que difícilmente tenga una respuesta clara...

¿Es posible combatir desde lo ideológico en el terreno convencional a esta nueva forma discursiva hegemónica?

Conclusión

Sin pretensiones de establecer verdades absolutas ni de realizar un análisis cuantitativo exhaustivo, es posible afirmar que los resultados históricos de estas políticas han sido, en su mayoría, desalentadores. La repetición cíclica de los mismos postulados económicos, bajo nuevas formas discursivas, termina ocultando que los efectos estructurales suelen ser regresivos; concentración de la riqueza, fuga de capitales, debilitamiento del Estado y exclusión social. Si bien es cierto que a quienes levantan las banderas de la ortodoxia económica poco les preocupan las consecuencias mencionadas, en tanto suelen considerarlas parte del “orden natural”, no resulta menor resaltar que han sido siempre esos “daños colaterales” los que han provocado el fracaso de dichos programas, porque fuera de las pizarras de la escuela de Chicago, en el devenir de la vida cotidiana, la ley de Say y la mano invisible del mercado no contemplan que el tan ansiado “rebote” suele hacerse esperar, espera que resulta inverosímil cuando un enorme porcentaje de la sociedad se encuentra por debajo de la línea de pobreza.

El debate sobre el modelo económico no debería reducirse a la eficacia de ciertas herramientas técnicas, sino que exige considerar los impactos sociales, políticos y culturales. La pregunta clave sigue siendo: ¿puede existir un desarrollo genuino y sustentable sin la generación de valor agregado y sin un proyecto inclusivo de país? Quienes llevan adelante los destinos de nuestra Nación en la actualidad responderán que sí, aunque las argumentaciones muchas veces redundarán en falacias o contradicciones intrínsecas de su propia base teórica. Entonces; ¿Por qué no es posible derribar dichos relatos que carecen de sustento (aun en lo empírico)? ¿Será que dicha tarea resulta imposible en el terreno de la subjetividad establecida por el propio sistema?

En este escenario, más que respuestas, necesitamos repensar las premisas mismas desde las cuales estamos preguntando.

Referencias

- ◆ Friedman, M. (2007). Capitalismo y libertad. Ediciones Unión.
- ◆ Han, B.-C. (2014). La sociedad de la transparencia. Herder Editorial.
- ◆ Han, B.-C. (2014). Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder. Herder Editorial.
- ◆ Klein, N. (2007). La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre. Paidós.
- ◆ Tesich, S. (1992, 7 de diciembre). A Government of Lies. The Nation.
- ◆ Bauman, Z. (2000). Modernidad líquida. Fondo de cultura económica.
- ◆ Boletín oficial de la República Argentina;
(<https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/191608/20180918>)